bobila.blogspot.com

L'H CONFIDENCIAL

el fanzine del "Club de Lectura de Novel·la Negra" de la Biblioteca la Bòbila # 99

MARTIN BECK | MAJ SJÖWALL I PER WAHLÖÖ

Maj Sjöwall i Per Wahlöö, parella i equip d'escriptors de novel·la de detectius de Suècia. Junts van concebre i escriure una sèrie de deu novel·les (tipus "*police procedural*") sobre les aventures dels detectius d'homicidi de la comissió especial de la policia nacional en la qual el personatge de Martin Beck va ser el protagonista. Tots dos autors també van escriure novel·les per separat. Per a la sèrie de Martin Beck, van planejar i investigar els materials junts i després van escriure'n capítols alterns.

Per Wahlöö (nascut el 5 d'agost de 1926 en Goteborg, va morir el 23 de juny de 1975 a Estocolm), graduat a la Universitat de Lund, el 1946 va dedicar la seva primera dècada de vida professional al periodisme (com a reporter de successos), mentre que en la dècada de 1950 va publicar algunes novel·les de ficció, essencialment de tipus polític.

Maj Sjöwall (nascuda el 25 de setembre de 1935 a Estocolm), treballava en l'editorial sueca Wahlström & Widstradt en 1961, quan va conèixer a Wahlöö, i es va casar amb ell l'any següent.

Interessats en la Criminologia i impulsats per una forta motivació política, doncs tots dos formaven part del Partit Comunista suec, ràpidament es van decidir per la redacció de novel·les policíaca, amb la que fàcilment podien capturar l'atenció del lector al mateix temps que els permetia el desenvolupament d'un debat intel·lectual. A través d'una història clàssica de detectius, però amb un aprofundiment en els aspectes socials i psicològics de la trama, la parella publica "*Roseanna*" en 1965, tractant d'expressar la seva visió del món en general i de la societat sueca de l'època en particular.

La dissecció inexorable que la parella realitza sobre la societat sueca en descomposició es manifestarà de manera clara en la dècada de 1980 quan el famós model social va començar a trencar-se amb els embats del liberalisme econòmic.

Viquipèdia

Soltó lo dos botones superiores de su gabardina, metió la mano derecha dentro de la chaqueta y palpó con precaución la culata de su pistola, también fría y húmeda.
Al tocarla, el hombre de la gabardina azul oscura se estremeció involuntariamente e intentó pensar en otra cosa. Por ejemplo, en la terraza del hotel de Andraitx en el que había pasado sus vacaciones cinco meses antes. En el calor abrasador y el sol resplandeciente sobre el muelle y las barcas de los pescadores, y en el azul profundo del infinito cielo, sobre la cresta de la montaña, al otro lado de la bahía.
Luego pensó que en esta época del año sin duda estaría lloviendo allí también, y en las casas no había calefacción, sólo chimeneas abiertas.

El policía que ríe

El despacho parecía limpio y ordenado pero resultaba totalmente impersonal. Stenström ni siquiera tenía un retrato de su novia sobre la mesa del escritorio.
En cambio, en la bandeja para lápices habí dos fotografías del propio Stenström. Martin Beck sabía por qué. Por primera vez en muchos años, Stenström había tenido la suerte de conseguir vacaciones en Navidad y Año Nuevo. Y había reservado ya asientos en un vuelo chárter a las islas Canarias. Las fotos eran para la renovación del pasaporte.
"La suerte…"
Pensó Martin Beck mientras observaba las fotografías, que eran recientes y mucho mejores que las publicadas en las portadas de los diarios vespertinos.

El policía que ríe

Sobre la puerta había un pedazo de cartón en el que estaba escrito Matsson con rotulador. La cerradura era ordinaria y Martin no tuvo ningún problema en abrirla. Consciente de hacer algo contrario a las normas, entró en el piso. Sobre la alfombrilla había correspondencia —propaganda, una postal desde Madrid firmada por alguien llamado Bibban, una revista inglesa de coches de carreras y una factura de luz por un importe de 28,45 coronas.

El hombre que se esfumó

—Pia Bolt, hace dos años, pasó una semana en Mallorca. Eso es todo. Kronkvist tenía un pasaporte viejo. Sus páginas parecían hojas de repollo y todo estaba lleno de notas y garabatos. El último sello era de Gotemburgo, en mayo. De regreso de Inglaterra. Gunnarsson también tenía un pasaporte viejo, casi lleno, pero un poco más limpio. Tenia sellos de Arlanda; salió del país el 7 de mayo y regresó el 10.

El hombre que se esfumó

—¿Qué qué tal estoy? —dijo de mala gana—. ¿Y tú qué crees? Pues ahogado entre navajazos, peleas, atracos, extranjeros chiflados con LSD saliéndoles por las orejas, y casi nadie que me ayude. Melander está en Värmdö, Rönn se marchó el viernes por la tarde a Arjeplog, y Strömgen está en Mallorca. Además, yo creo que la gente es más agresiva con este calor; pierde el juicio. Bueno, ¿qué coño quieres?

Asesinato en El Savoy

Martin Beck dobló la carta, la cogió por un extremo entre los dedos pulgar e índice de la mano derecha, y la dejó caer en uno de los cajones.
—¿Qué pone? —preguntó Kollberg.
—¿De la chica de Toulouse? La policía española la encontró hace una semana en Mallorca.
—Parece mentira que se necesiten tantos sellos y tanta palabrería rara para decir tan poco.
—Ya —contestó Martin Beck.
—Al final va a resultar que la mujer es sueca. Como pensamos todos desde el principio.

Rosseana

Habían llegado ya dos de los hospicianos de la señora Karlsson, pero la patrona se hacía esperar.
Los recién llegados eran los dos españoles. Como sus conocimientos de sueco eran escasos y el español de Månsson nulo, éste abandonó rápidamente el propósito de interrogarles. Lo único que pudo sacar en claro fue que se llamaban Juan y Ramón y trabajaban como lavaplatos en un restaurante asador.
El turco se había sentado en el diván y hojeaba con desgana un semanario alemán. Los españoles mantenían una animada conversación mientras se arreglaban para su ocio nocturno, en el que por lo visto iba incluida una chica llamada Kerstin. Al parecer, la conversación giraba en torno a ella.

El policía que ríe

El lugar había cambiado de nombre y un letrero fijado sobre la entrada anunciaba: Baile esta noche. En las ventanas habían colocado grandes fotografías en color de la orquesta, un grupo de hombres de pelo negro con instrumentos extraños, casi ocultos por los pliegues de las mangas de sus camisas. Junto a la puerta, en el sitio donde antes solían exponer modestos menús manuscritos, ofreciendo a los clientes verduras y albóndigas y sopa de guisantes, se veía ahora un vistoso menú en español.
Melander entró, se quedó junto a la puerta y miró a su alrededor. El techo era más bajo, las luces más tenues y las mesas, más numerosas, estaban cubiertas con manteles de cuadros. Carteles de corridas de toros y bailarines de flamenco llenaban las paredes. Era un viernes por la noche y casi la mitad de las mesas estaban ocupadas por gente joven y ruidosa. Nadie se fijó en él y al cabo de un rato vio a una camarera que conocía. Iba vestida como si estuviera en un baile de máscaras y hubiera dudado entre disfrazarse de aldeana de Dalarna o de Carmen.

El coche de bomberos que desapareció

—¿Y no hay nada más? Sobre este individuo, quiero decir…
Nordin reflexionó. Finalmente dijo:
—Reía. A voces.
El rostro del hombre se iluminó al instante.
—Ah, creo que sé quién es. Hay uno que ríe así.
Dieke abrió la boca y produjo una especie de berrido, agudo y cortante como el grito de una becada.
Nordin, a quien el sonido pilló completamente desprevenido, necesitó varios segundos para reponerse. Finalmente dijo:
—Sí, quizá sea él.
—Sí, claro que sí —dijo Dieke—. Ya sé a quién refieres. Un chico pequeño, moreno.
Nordin siguió espectante.
—Ha estado aquí unas cuatro o cinco veces. Quizá más. Pero no sé su nombre. Vino aquí con un español que quería venderme piezas de repuesto. Vino varias veces, pero yo no compré.
—¿Por qué no?
—Baratas. Probablemente robadas.
—¿Y cómo se llamaba ese español?
Dieke se encogió de hombros.
—No sé. Paco. Pablo. Paquito. Algo así.
—¿Qué clase de coche tenía?

—Un buen coche. Volvo Amazon. Blanco.
—¿Y el hombre que se reía?
—No tengo ni idea. Venía con el otro coche. Parecía bebido.
Pero no conducía.
—¿Era también español?
—Creo que no. Probablemente sueco. Pero no sé.

El policía que ríe

—¿Vendió usted estupefacientes a Matsson esa vez?
—No, pero le dimos un poco. No teníamos mucho. Mostró mayor interés cuando se enteró de lo fácil que era comprar en Estambul.
—¿Habían pensado entonces en dedicarse al contrabando a gran escala?
—Hablamos de ello. La dificultad consistía en introducir el género en los países donde la venta es rentable.
—¿Dónde, por ejemplo?
—Escandinavia, Holanda, en mi país, Alemania Occidental. Las aduanas y la policía están muy encima allí, especialmente cuando uno viene de países como Turquía. O de África del Norte. De España, incluso.

El hombre que se esfumó

—Sí. Habíamos llegado a un acuerdo. Yo tomo drogas, fumo hachís algunas veces, y consumo regularmente tabletas de fenedrina española cuando trabajo, simpatina y centramina. Las dos son excelentes y completamente inofensivas. Actualmente, a causa de ese maldito frenesí por las drogas esas tabletas son difíciles de encontrar y el precio ha subido cinco o diez veces más. Sencillamente, no me puedo permitir ese gasto.

El coche de bomberos que desapareció

Kollberg no contestó. Acababa de descubrir un objeto plano en el suelo y lo cogió. Vio enseguida de qué se trataba. Una pequeña pistola negra, marca Astra, de fabricación española. Kollberg la sopesó con la mano mientras observaba, desconfiado, a los dos hombres.
(…)
—¿Esta pistola es suya?
—Sí.
—¿Tiene licencia?
—No. La compré en Barcelona hace muchos años. Normalmente, la tengo encerrada bajo llave.
—¿Normalmente?
El furgón blanquinegro de la policía del distrito de María entró en el parque con los faros encendidos. Ya casi había anochecido. Bajaron dos agentes uniformados.
—¿Qué pasa aquí? —preguntó uno de ellos. Pero acto seguido reconoció a Kollberg y repitió, variando levemente el tono de voz—: ¿Qué pasa aquí?
—Llévate a estos dos —ordenó Kollberg en un tono inexpresivo.
—¡No he pisado una comisaría en mi vida! —protestó el de más edad.
—¡Yo tampoco! —dijo el del chándal.
—Pues ya va siendo hora —replicó Kollberg. Miró a los dos agentes y anadió—: Ahora voy.
Luego se dio la vuelta y se marchó.

El hombre del balcón

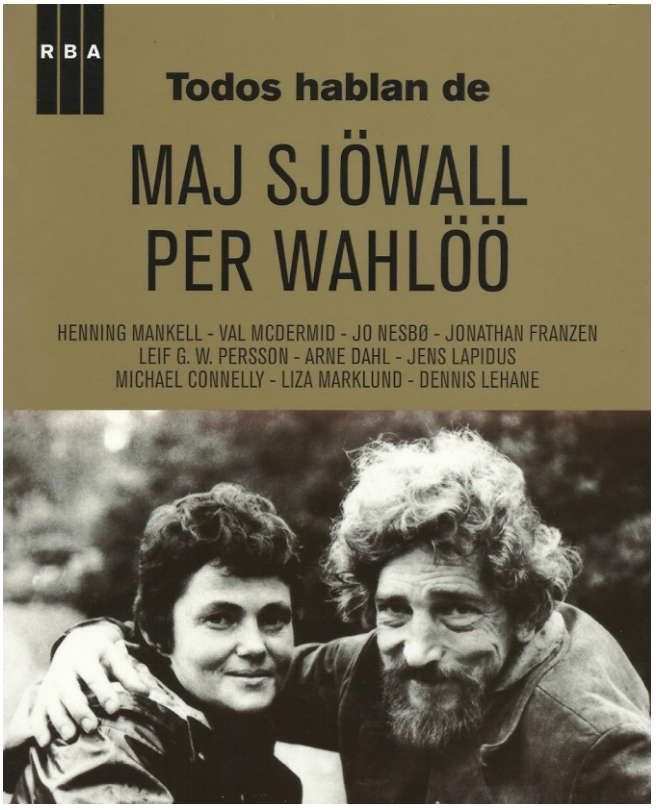
—Pero por extraño que pueda parecer —atronó el coronel—, el comandante Jentsch…
Bueno, ustedes no saben quién es, claro. Él y su esposa fueron compañeros de mesa durante el viaje. Oficial de intendencia, un hombre estupendo. Incluso resultó que éramos de la misma promoción, aunque el desgraciado final de la campaña contra los bolcheviques puso fin a su carrera. Ya saben, los ascensos llegaban rápido durante la guerra, pero después de 1945 todo terminó para los pobres diablos. Bueno, Jentsch por lo visto no lo pasó tan mal. Era oficial de intendencia, valía su peso en oro durante la reconstrucción. Llegó a ser director de una empresa de alimentación de Osnabrück, creo recordar. La verdad es que teníamos bastantes cosas en común, mucho de qué hablar, el tiempo ha pasado rápido. El comandante Jentsch vio bastante en la guerra. Bastante, bastante. Durante nueve meses, quizá llegaron a once, bueno, de todas maneras fue oficial de enlace en la División Azul, ¿conocen la División Azul? Las tropas españolas de elite que Franco mandó contra los bolcheviques. Y debo decir que aquí, a menudo, medimos a italianos, griegos, españoles y demás… Bueno, a ver si me entienden, los medimos a todos con el mismo rasero, pero tengo que decir que aquellos chavales, o sea, los de la División Azul, ellos sí que sabían…

El coche de bomberos que desapareció

Los teléfonos no paraban de sonar, tanto el de la casa del comisario Nöjd como el de la oficina, por no hablar de los de la comisaría de policía de Trelleborg.
Sigbrit Mård había sido vista en Abisko y Skanör, en Mallorca, Rodas y las Islas Canarias, y una voz telefónica aseguraba incluso que la noche anterior había estado bailando estriptis en un club de sexo en Oslo.

El asesino de policías

Es interessant resseguir els rastres d'Espanya a les novel·les de Sjöwall i Wahlöö. La visió que es podía tenir a les dècades dels seixanta i setanta des de Suècia: turisme, immigració, drogues…
Imagineu la visió que es tenia de Suècia des d'Espanya en aquella época.



MARTIN BECK | MAJ SJÖWALL I PER WAHLÖÖ

LA SÈRIE MARTIN BECK, DE MAJ SJÖWALL I PER WAHLÖÖ A LA BÒBILA

- *Roseanna*
- *El hombre que se esfumó*
- *El hombre del balcón*
- *El policia que ríe*
- *El coche de bomberos que desapareció*
- *Asesinato en el Savoy*
- *El abominable hombre de Saffle*
- *La habitación cerrada*
- *El asesino de policías*
- *Los terroristas*

"El verdadero crimen es el de la socialdemocracia sueca con la clase trabajadora"

Rosa Mora | *El País*, 7 de febrero de 2013

Maj Sjöwall y Per Wahlöö escribieron sus 10 novelas del inspector Martin Beck a mano y sentados uno frente a otro. "Trabajamos muchísimo antes de escribir *Roseanna*, la primera, porque no es fácil hacerlo a cuatro manos ni tener la misma inspiración. Queríamos que la mezcla de nuestros dos estilos fuera perfecta y queríamos un lenguaje fácil y periodístico", explicó ayer la escritora sueca Maj Sjöwall , horas antes de recibir el octavo Premio Pepe Carvalho, el acto cumbre de BCNegra.

Lo del humor, presente en cada una de las novelas, les fue fácil. "Los dos teníamos un gran sentido del humor". Hicieron el esquema de las 10 novelas y la biografía del inspector Martin Beck y de otros personajes habituales. Cada novela tendría 30 capítulos y aparecería una al año. Titularon la serie *Novela de un crimen*. "Muchos piensan que nos referimos a los crímenes que aparecen, pero no. El verdadero crimen es el de la socialdemocracia sueca que traicionó a la clase trabajadora".

Sjöwall (1935) y Wahlöö (1926-1975) militaron en el Partido Comunista sueco. "Nos afiliamos porque apareció un líder intelectual dispuesto a transformarlo y adaptarlo a Suecia, más moderno, más marxista y menos estalinista. Nosotros trabajamos en una revista semanal del partido para jóvenes. Lo dejamos en 1969, después de lo sucedido tras la Primavera de Praga. Además, a mí lo del activismo no me iba mucho".

La pareja concibió la serie como un proyecto político y eligieron el género negro para llevarlo adelante. "Queríamos ser muy realistas y mezclar la política y el discurso con el entretenimiento. Realismo y humor, esta es la clave. Queríamos que nos leyeran, vender muchos libros".

Las novelas están llenas de guiños. En las primeras páginas de *Roseanna*, aparece un turista vietnamita. ¿Un turista vietnamita en la Suecia en los años sesenta? No puede ser. "Es uno de esos detalles escondidos que nos gustaban tanto. Estábamos contra la guerra de Vietnam. Yo a veces introducía palabras raras y los lectores me decían que las tenían que consultar en el diccionario. Mejor, así paráis de leer y podéis reflexionar un poco, contestaba yo".

Sjöwall tiene la biografía de Martin Beck en la cabeza: "Nació en 1922 y antes que ser reclutado por el Ejército en la II Guerra Mundial prefirió hacerse policía. A medida que asciende en el escalafón se da cuenta de que no le gusta mandar, que prefiere seguir pateando las calles. Es un funcionario diligente y tiene empatía, por eso es un buen interrogador. Se dedica intensamente al trabajo y su mujer se va amargando poco a poco. A mitad de la serie, se divorcian. En los últimos tiempos ya no le gustaba demasiado su trabajo. Se jubila a los 65 años, se reúne con sus hijos y juega al ajedrez. A Martín Beck no le gustaría esta sociedad tan informatizada".

Roseanna fue la primera que se publicó, en 1965, y *Los terroristas*, la última, en 1975. "Per murió antes de publicarla y dos meses antes de la muerte de Franco". Con el objetivo cumplido, Sjöwall dejó de escribir novela negra y también de leerla. Se dedicó a la traducción. "No tengo ganas de vincularme a un mundo editorial cada vez más mediático".

Tiene tres hijos, cinco nietos y un biznieto que ocupan casi todo su tiempo. Ha viajado a Barcelona acompañada por su nuera, Lottis Wahlöö, casada con su hijo Tetz. Acabada la rueda de prensa y las entrevistas, Maj solo pensaba en ir a beber una cerveza y comer tapas, dijo en un rudimentario castellano. "Es la tercera vez que visito Barcelona y siempre ha sido por poco tiempo, me gustaría volver con más calma".

Los libros de Martin Beck empezaron a aparecer en España en los años setenta, pero sin orden ni concierto. Fue RBA la editorial que decidió publicarlos por orden cronológico desde 2007. Acaba de aparecer el último, *Los terroristas*. Casi todos llevan prólogos de autores como Henning Mankell, Jonathan Franzen, Jens Lapidus, Michael Connelly o Jo Nesbo.

A Sjöwall no le apetece hablar de la crisis económica. "No entiendo de dinero ni de economía ni de finanzas. Suecia ha cambiado como todo el mundo. El dinero es ahora lo más importante. Creo que el periodo de inocencia de Suecia acabó con el asesinato de Olof Palme. En mi época las cosas iban más despacio. Es difícil digerir todo lo que está pasando".

Sjöwal y Wahlöö son considerados los maestros de la novela negra nórdica, pero Sjöwall opina que ella y su marido no tienen discípulos. "Los libros que me gustaría leer no existen. Escriben historias medio de amor medio criminal en las que no me reconozco. Los autores ya no se interesan por la política, solo por el dinero. En una historia de amor ponen cuatro cadáveres y un policía y ya está: una novela un poco esquizofrénica. Hay menos compromiso político".

Club de Lectura de Novel·la Negra
Biblioteca la Bòbila | Fons especial de gènere negre i policíac
Pl. de la Bòbila, 1 — 08906 L'Hospitalet | Tel. 934 807 438 | biblabobila@l-h.cat
www.l-h.cat/biblioteques | www.labobila.50webs.com
horaris de la biblioteca:
matins (excepte juliol i agost): dimecres, dijous i dissabte, de 10 a 13.30 h.
tardes: de dilluns a divendres, de 15.30 a 20.30 h.
Metro L5 Can Vidalet | Trambaix T1, T2, T3 Ca n'Oliveres | Bus L'H2, EP1

BIBLIOTEQUES de L'HOSPITALET La Bòbila
Ajuntament de L'Hospitalet
Diputació Barcelona
AJUNTAMENT D'ESPLUGUES